

XI

Después de comer, todos, menos Juan, se recogieron á dormir la siesta. El forastero prefirió salir al jardín, desafiando la temperatura. El sol caía á plomo, iluminando vigorosamente todas las cosas, envolviéndolas como en una niebla rojiza que no empañaba los contornos pero teñía todos los colores, y acusando con dureza las sombras, negras en unos sitios, en otros azuladas, sobre la caliza del suelo. Un silencio pesado, todavía más adormecedor que el del monte, reinaba por todas partes. La brisa había caído, y sólo una cigarra se atrevía á entonar su canto metálico y monótono, que aturdió.

Refugiado bajo una bóveda de jazmines, Juan se entretuvo al principio mirando los árboles y las flores, que las desgarraduras de la enredadera dejaban ver á trechos. El tono verde de las hojas variaba mucho, y sobre él destacábanse crudamente las notas vivas de los claveles, de las rosas blancas, pálidas ó encendidas, de las dalias azota-

das de mil maneras, y de los frutos dorados ó rojos. Era el jardín, no sólo una sinfonía de colores calientes que deslumbraban, sino un alarde de energías, que parecían transmitirse al cuerpo humano y darle impulsos nuevos, como si deseara él también brotar, extenderse en cien direcciones distintas, multiplicarse en flores y frutos numerosos bajo la caricia ardorosa del sol. Y lo que más admiraba á Juan, era la intimidad silenciosa de aquella vida, que desarrollaba su enorme fuerza de expansión calladamente, evocando la imagen de un motor poderoso cuyas piezas girasen todas sobre cojinetes de terciopelo. Un espectador superficial se engañaría seguramente acerca de la medida de una fuerza que no se revela con estrépitos; pero quien se parase á observar, experimentaría la misma sensación de un poder gigantesco que emana, cuando en él nos fijamos atentamente, del cielo profundo cuajado de estrellas.

A Juan le parecía ver, tras la corteza de los troncos, la savia fecunda que corría como un río de vida, diseminándose por los mil canalillos de las hojas y de los tallos para cuajarse en brotes preñados de color, de perfumes y de azucarados jugos. La atención cada vez más intensamente aplicada, descubría á cada paso nuevos motivos de admiración y nuevas fuentes de belleza, gozándose en pormenores antes inadvertidos, hallando placer en distinguir matices y formas que antes se confundían, y sintiéndose subyugada por la poesía inefable que emanaba de todas las cosas, aun las

más vulgares en apariencia. El oído, aguzado, empezó á notar ruidos sutiles que henchían el silencio del jardín: un fruto maduro que, rozando hojas y ramas, caía al suelo sordamente; una flor carnosa que se desprendía del tallo; un revuelo de pájaro que medrosamente se escondía entre el follaje; un zumbido de insecto que volaba después de libar, y en cuyo brillante caparazón ponía tornasoles la luz de lo alto... La vida de la Naturaleza traducíase en sonidos; pero apagados, discretos, sin bulla, con una calma majestuosa que revelaba la plenitud de fuerzas, la confianza inalterable en su poder y en su eternidad.

Por momentos, Juan iba sintiéndose dominado, empequeñecido por aquella energía misteriosa, que más se agigantaba cuanto más penetraba en ella el análisis; sin que la percepción creciente de los pormenores disminuyese la impresión del conjunto, que antes bien se nutría con ellas y dominaba. Ante ella, cada cosa de por sí perdía el valor de su sustantividad y mostrábase como una parte subordinada al todo, por quien vivía. La idea de la contingencia individual y de la permanencia de la masa, le pareció á Juan que estaba escrita con caracteres visibles aun para el más ciego, en aquel trozo de Naturaleza que variaba sin cesar, inalterable por la muerte, de que volvía á sacar nueva vida. Y Juan creyó ver, por primera vez desde que le preocupaban estas cuestiones, la inutilidad de las luchas humanas, lo efímero y despreciable de los intereses individuales y el profundo error, ante

cuya ara había consumido su juventud entera, de aquellos empeños dolorosos que le arrebataron el reposo de su espíritu. Con horror que se agrandaba cuanto más pretendía analizarlo, contempló la pérdida de tantos años, que pudieron ser fecundos, no sabía bien para qué, pero seguramente para cosas distintas de las que los llenaron con ansias dolorosas, y el vacío irreparable de una existencia que no recobraría ya las horas pasadas.

Una angustia cruel, hondísima — la angustia de las almas honradas cuando, al preguntarse, en momentos de descanso, qué hicieron en el mundo, hallan la nada por respuesta, — se fué apoderando de él é infundiéndole desprecio hacia todas las inquietudes que le habían atormentado hasta entonces. La fatiga de su espíritu era la de una fuerza que se mueve inútilmente, en un trabajo infructuoso y deleznable. Había que olvidar todo aquello, que venir á sumirse en el reposo solemne de las cosas, dejando que las energías naturales del espíritu fuesen cumpliendo su fin, acertando instintivamente su camino como lo acertaban los demás seres del mundo, desde los más pequeños é insignificantes, arrastrados por la corriente del orden universal. En esto estaba el descanso verdadero, el término de toda conturbación y de toda fatiga.

La vida artificial de las ciudades, rompiendo con la naturaleza y con el desarrollo normal de la existencia humana, hacía nacer necesidades nuevas, superfluas, deformando el espíritu, enfebreciéndolo, hinchándolo de vanidades y segregán-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

dolo del resto del mundo, de donde procedía y al cual estaba ligado por lazos que no podían quebrantarse sin grave pena. Era preciso restaurar la unidad rota, volver de nuevo á la comunidad con los demás seres, dejar que, sin perturbaciones ni ingerencias extrañas, fueran apuntando regularmente y encarrilándose por su vía propia todas las manifestaciones de la vida individual, acordándose las unas con las otras, adaptándose al diapason común, que la madre Naturaleza hace vibrar para todos sus hijos. Entregado á sí propio el espíritu, en la plácida intimidad de su propia vida, sabría orientarse hacia lo que es eterno y volvería á encontrar el ritmo sosegado y firme de los actos conformes con la esencia de las causas.

En aquella hora solemne de meditación, en que el secreto de la vida se le había revelado con claridad inesperada, Juan hizo renuncia de todas sus aspiraciones de antes, mejor dicho, sintió que se desprendían de él como cosa pegadiza y que le libaban definitivamente de su peso. Repasando las impresiones recibidas desde su llegada á Villamar, le pareció que cada una de ellas había sido como una preparación para que comprendiese el sagrado misterio, la voz angusta de la realidad que le llamaba á nueva existencia: y las sensaciones de reposo, de placidez, de suave poesía que habían ido acumulándose en su alma, se fortalecieron más y más y se completaron con un nuevo sentido del valor de las cosas. La vida patriarcal de sus tíos, que se deslizaba dulcemente, sin saltos ni zozo-

bras; la idealidad poderosa que latía bajo los cantos tradicionales del culto á la Aurora, tuviesen ó no de ella conciencia los campesinos y, quizá, mejor porque no la tenían; la indolencia de las gentes, que sin quitarles ánimos para el trabajo imprimía á toda su conducta un sello de reposo y de confianza en el éxito, que había de llegar sin precipitarlo; la adormecedora influencia del clima, que arrastra hacia el ensueño y la contemplación; el amable silencio del monte y la calma majestuosa de la vasta llanura, limitada por un mar que ondeaba sin ruido; el espectáculo de aquella tutela cariñosa y desinteresada que don Vicente ejercía sobre los que necesitan, más que ayuda de pan, caridad de consejos, de instrucción y de defensa: todo volvió á vivir nuevamente en la imaginación del que había llegado en busca de paz, y cada cosa fué repitiéndole su sensación de reposo, de «descansada vida», de honda y tranquila conformidad con lo que se halla sobre la voluntad de los hombres. Una serenidad profunda le refrescó el alma y le renovó las fuerzas. Creyó haber logrado plenamente lo que apeteció mil veces, entre lágrimas, en los momentos de depresión que las luchas le traían; y lo creyó con fe inmensa, que parecía venir de las cosas exteriores, dominando y subyugando el espíritu é inundándolo con la alegría de una felicidad sin reservas y sin temores.



XII

Á media tarde, comenzó á llegar gente. Era la costumbre de todos los domingos; la visita obligada de los arrendatarios, de los agradecidos y de los notables del pueblo, á quienes recibían doña Micaela y don Vicente en la explanada anterior al jardín, á cubierto del sol Poniente por la casa, cuya sombra iba alargándose de momento en momento, portadora de una deliciosa sensación de frescura. Según iban llegando, tomaban asiento en bancos y sillas, y concluían por formar un círculo enorme, en que la conversación unas veces era general, otras se dividía y particularizaba.

Cristóbal solía huir de esta tertulia, que le fatigaba pronto. Eugenia, por el contrario, la prefería al paseo, gozándose en hablar el dialecto del país, en escuchar los cuentos y chascarrillos de los labradores y, á veces, también, en obligarles á expresarse en castellano, con graciosísimos provincialismos de una variedad infinita.

En la disposición de espíritu en que Juan se hallaba, aquel espectáculo le había de ser agradable y se dispuso á participar de él, tomando asiento al lado de su tío. Los visitantes llegaban, saludaban á los «señores», generalmente sin dar la mano y, por supuesto, sin descubrirse, y tras un momento de silencio, la charla se animaba más y más. De vez en cuando, un hombre ó una mujer se levantaban, acercábanse á la cisterna que á la puerta del jardín erguía su brocal protegido por una caperuza de madera y, sacando con tiento el cántaro rezumante, bebían á la catalana, recibiendo con admirable habilidad el menudo chorro que sonaba en la boca alegremente.

La tertulia tenía sus diversiones favoritas, que solían repetirse todos los domingos, sin aparente cansancio. El alcalde — que, por lo regular, no faltaba, — refería invariablemente los mismos «sucesos», que había inventado él, con esa gracia natural que parece compañera constante de la socarronería aldeana. El barbero («cirujano», decía él y decían todos) contaba, con seriedad imperturbable, mil mentiras de cuando había estado en Cuba: terribles trances con culebras de cientos de metros; aventuras misteriosas en los bosques, etc., etc. Á costa del miedo del pueblo — un mozo medio alelado, que tenía aire de explotar su cobardía, — se inventaban mil farsas y, por fin, se procuraba enzarzar al cura y á la Llorona en una discusión teológica que hacía desternillar de risa á los oyentes.

Aquella tarde, el primero que llegó fué el cirujano. Era un vejete alto, delgadísimo, con aires de persona fina. Hablaba muy bien, con cierto tono doctoral en cuanto se tratase de cuestiones relacionadas con su profesión; fuera de esto, con gran sencillez y con vena inagotable de mentiras, que constituían en él vicio incorregible. Usaba antiparras con armazón de acero y, tras ellas, sus ojillos inquietos y penetrantes parecían medir el fondo de credulidad de los oyentes para graduar el alcance de sus invenciones. Como era obligado, se le pinchó para que soltase su vena en obsequio al forastero; y lo hizo sin violencia, seguro, por otra parte (era hombre que calaba pronto á las gentes), de que Juan «estaba en el secreto» y no creía una sola palabra de todas aquellas historias. Pero el cirujano, cuando llegaban casos tales, renunciando á la sugestión de la credulidad trataba de que admirasen su ingenio. Y lo conseguía, casi siempre. Cuando la mentira era muy gorda, ó nueva, don Vicente solía interrumpir al orador:

— ¡Cirujano, esa no pasa!

— ¡Don Vicente! — replicaba él con aire de dignidad ofendida. — Puede creerme. Es el Evangelio. Hay que ir á Cuba para ver cómo es aquella tierra.

Y seguía dando gusto á su pasión favorita que, por lo demás, nunca usó en daño de nadie. Era hombre, aunque seco, en la apariencia, servicial y bondadoso. No se enfadaba jamás, á menos que se pusieran en tela de juicio su destreza quirúrgica y sus conocimientos médicos. Los aldeanos le que-

rían; pero, por lo común, no le pagaban las curas; así, que andaba mediano de recursos. Gracias á la barbería y á un trozo de viña, iba sacando adelante á los hijos, que eran seis y que se habían quedado sin madre poco después de nacido el último.

Cuando el cirujano estaba en lo mejor de sus invenciones, apareció el maestro de escuela con el Estudiante. Era éste un mozo como de treinta años, hijo único de uno de los labradores más ricos de Villamar y debía su mote á la circunstancia de haber estudiado la carrera de Leyes. En sus años de Universidad sintió aspiraciones intelectuales y adquirió mediana cultura. Luego se empozó en la aldea, requerido por los cuidados de la hacienda paternal y acabó por olvidar la abogacía y dedicarse á la agricultura. Su padre decía á todas horas: — «Mi hijo ha estudiado por lujo. No necesita del bufete para comer.» Y en el fondo, se alegraba de que el mozo hubiese vuelto á las faenas que á él le habían enriquecido y hacia las que sentía ese amor especial que caracteriza al buen labrador. El Estudiante seguía sin embargo leyendo, comprando de vez en cuando libros, por lo común, de literatura; pero deprimido por el medio, sin tener con quien comunicar sus ideas, había hecho de su afición como un culto secreto, cuyas ceremonias nadie veía y cuya fe inspiradora se iba consumiendo lentamente, falta de aire libre en que avivarse. Conocía el mozo muchos escritos de Juan, y acudía gozoso de ver al autor y chis-

peándole en el fondo del alma algo de sus anhelos antiguos.

El maestro era joven, algo pedante, pero correcto y cuidadoso de su escuela. Iba bien vestido, aunque sucio, con la dentadura terriblemente descuidada y las uñas de luto perpetuo. Simpatizaba poco con el cirujano, cuyas mentiras le disgustaban, y las discusiones entre ambos solían ser tormentosas. Llamábase Federico y las gentes del pueblo le anteponian siempre el don. Á las pocas palabras, Juan se sintió repelido por aquel hombre que presumía de saber bien casi todas las cosas del mundo, aun las que no hubiese sido maravilla que ignorase. En cambio, el Estudiante le atrajo. A pesar de la depresión que en él había producido el medio, conservaba un sincero interés hacia la vida intelectual, mezclado á una tristeza resignada por verse fuera de ella y sin ánimos para reanudar los ensueños de otro tiempo. Juan, además, creyó ver en él un ejemplo vivo de la renuncia á las luchas ciudadanas y del cultivo, en la paz del retiro campestre, del amor á la naturaleza y á los ideales más puros del espíritu. Se engañaba en esto; pero, por de pronto, el engaño le acercó al joven y le hizo más grata la tertulia.

La conversación se generalizó, por haber sacado el maestro el tema de los consumos. Los villamarinos andaban acongojados por el reparto que, según se decía, habían convenido el arrendatario y el alcalde. Villamar dependía de la capital y no tenía fieltos. Se acusaba al alcalde de haber

distribuído mal las cuotas, favoreciendo á unos y perjudicando á otros. Los propietarios pequeños y los braceros quejábanse amargamente y anunciaban su imposibilidad de pagar. Como en la tertulia había de todo, alzóse discusión, que fué encrepándose rápidamente. Pero don Vicente intervino:

— Dejaos de eso. Ya se arreglará.

— ¡Parece que no conozca usted al alcalde, don Vicente! — se aventuró á decir el maestro.

— Sí, hombre, ¿no lo he de conocer? Dejadme á mí eso y no andéis dificultando las cosas con habladurías.

Cuando hablaba á un grupo, don Vicente solía emplear el tú. Era como una nueva expresión de su cariño á los de Villamar, y siempre traía consigo la sumisión más completa. Convencidos de que don Vicente lo arreglaría todo bien, callaron los discutidores y se pasó á otra cosa. Juan pensaba entretanto: — «¿Qué tiene mi tío que sabe llevar la paz donde quiera que interviene? ¿Qué poder calmante hay en su voz, en su gesto, en su sonrisa?» Y de nuevo se sintió dominado por aquella sorpresa que horas antes le habían producido las escenas del despacho.

■■■■■■■■■■